

# EL PORVENIR DEL OBRERO

ECO DE LA AGRUPACION GERMINAL

DIRECCIÓN: J. Mir y Mir—PRIETO Y CAULES, 13.—MAHÓN (ISLAS BALEARES).

## Educación Integral

A D. J. Mir y Mir, en Mahón.

He recibido estimado señor, el folleto que un amigo de la euseñanza dirige á los liberales de ese cultísimo pueblo, proponiendo la fundación de una escuela de educación integral. Cometén, usted, autor del discretísimo prólogo, y el anónimo padre del folleto, un verdadero crimen no haciendo una tirada de quinientos mil ejemplares, y repartiéndola profusamente en toda la nación, uno de cuyos males gravísimos, es el de no tener ideas, ni malas ni buenas, en materia de educación.

Yo soy maestro. Cuando en reñida oposición gané ésta mi escuela de 1.125 pesetas anuales con descuento y tomé posesión de ella, era joven y estaba lleno de entusiasmo; sentía toda la grandeza de la misión á que había sido destinado por la Providencia y la sociedad, y estaba decidido á cumplir como bueno, trabajando tenazmente por hacer hombres, por hacer pueblo, por hacer patria; una patria seria, laboriosa, justa, independiente, tolerante... como deben ser las patrias para no deshonrar á sus hijos.

Pero, ¡ay de mí!, á la entrada de la escuela puse yo mismo con letras bien grandes esta inscripción: «¿Qué bien puedo hacer hoy?» para que mis alumnos la leyesen y repitieran como oración de la mañana; que ningún procedimiento es tan eficazmente educativo como el de iniciar al niño en los misterios de la vida afectiva, obligándole á que sus ojos transmitan una idea á su cerebro y que esta idea llame á las puertas de su conciencia y á la peregrina voluntad infantil, diciéndoles:

—Oid, oid, ¿qué bien podréis hacer hoy?

Y la conciencia y la voluntad vírgenes acuden á la memoria, alarmadas, preguntando:

—¿Qué es bien?

Y la memoria acumula y facilita en un segundo todos los conocimientos que en élla se fueron depositando sobre el bien, la bondad, la caridad, el deber... La conciencia y la voluntad vacilan; saben ya lo que se les pregunta, lo que se les pide; no saben aún lo que deben hacer y acuden á la inteligencia ó á la razón ó al alma ó al yo ó á quien quiera que sea, repitiendo la pregunta escrita sobre la puerta de mi escuela: «¿Qué bien puedo hacer hoy?» Y surge la idea poderosa en el cerebro del niño, desarrollándolo, fortaleciéndolo, y la con-

ciencia va ejercitándose en su función de separar las buenas de las malas obras, y la razón comienza á ser medida de la voluntad, y la voluntad se revela en plena posesión de su fuerza...; y el bien es hecho.

Esto aún parecíame poco, y sobre la parte interior de la puerta, pinté: «¿Qué bien has dejado de hacer hoy?» Era esta frase, que mis alumnos leerían al salir de la escuela, un recordatorio á todas sus facultades, una incitación inexcusable al examen de conciencia tan necesario para que los niños se *miren por dentro* y se conozcan. Nada tan eficaz para que un niño, sin la influencia de enfadosas predicaciones y consejos, construya en su espíritu la personalidad del hombre justo. Y alla en el fondo del salón de la escuela, con grandes letras que constantemente estarían reflejándose en la retina de los niños, escribí: «Amaos unos á otros». Y cuando dos alumnos se acusaban, ó injuriaban, ó reñían ó amenazaban, les hacía fijarse en la inscripción y les explicaba todo el alcance de aquellas palabras... Casi siempre los niños se conmovían y abrazaban olvidando sus querellas ó sus injurias.

Pero, ¡ay de mí!—repito, Sr. Mir y Mir—parecíame aún ésto poco, creyéndome obligado á hacer mucho más; en la primera hora de la clase aprovechaba la viva impresión que aquella pregunta causaba en mis niños—¡ah, entonces les llamaba *mis niños!*—y les explicaba moral, religión y les enseñaba á rezar paso á paso, explicándoles el sentido íntimo de cada oración, obligándoles á sentir la inmensa ternura de cada palabra, consiguiendo que sus corazones palpitaran á la vez que sus lenguas se moviesen en alabanza de Dios... ¡Qué alegres fueron aquéllos días! Mi antecesor era un pobre viejo que mantenía su autoridad gracias á una palmeta de duro roble; había yo encontrado un campo yermo, y apenas comencé á abonarlo y labrarlo y arrojé semilla nueva en sus surcos, el campo reverdecía esplendoroso, como si la bendición de Dios hubiese pasado sobre él fecundándolo!...

Pero, ¡ay de mí!—repito por tercera vez, y son pocas—una mañana se presentó en la escuela el cura. Se puso furioso, me increpó delante de mis alumnos.

—Aquellos letreros parecían cosas de protestantes—gritaba—mi sistema de enseñanza era una majadería. Los niños no sabían el Credo, ni la

Salve, ni los Mandamientos, ni las Bienaventuranzas; verdad es que en cambio recitaban con efusión el Padre Nuestro y explicaban atinadamente su sentido, pero esto mismo era una barbaridad de á folio. Se quejó al alcalde, á la Junta municipal, los más de cuyos vocales no sabían leer, y recibí de ellos un oficio, plagado de faltas de ortografía, en que se me conminaba á borrar letreros y enseñar Catecismo. El cura se llevaba los niños á la iglesia los jueves y domingos por la tarde y les enseñaba la doctrina mecánicamente, canturreando todos á la vez... «*El cuarto, honrar padre y madre... el quinto, no matar... el sexto...*» Desde la escuela abandonada, solitaria, llorando de rabia, oía yo el estúpido canturreo de los niños que se preguntaban á sí mismos: «*Decid niño ¿cómo os llamáis?*» Y se respondían todos á la vez, sin saber lo que decían: *Pedro, Juan Francisco, etc., como me pusieron en la fe del bautismo...* Y luego: «*¿Qué quiere decir cristiano?*» ¡Oh! cómo hubiera llegado yo á explicar esta palabra á mis alumnos. Pero el cura no les explicaba nada. Verdad es que él tampoco sabía lo que quiere decir *cristiano*.

Aquello era infame. Las flores que nacían en mi jardín holladas, pateadas de aquel modo!... Me quejé á la Junta provincial; ésta, formada por un canónigo, unos diputaditos provinciales y un cacique, mandó incoar expediente, en el que declararon el cura y el alcalde y la Junta provincial, todos contra mí, y la Junta provincial me reexpidió sus injurias, recordándome mi deber y someténdome maniatado al cura y al alcalde y á los vocales analfabetos. Desde entonces, ¡cuántas amarguras, que brutales humillaciones, qué burla constante de mi persona y de mi misión! En mi escuela se canturrea ya también, se canturrea todo, y los niños expresan el mismo sentimiento cuando gritan: «*.. dieciseis, diecisiete, dieci...*» que cuando dicen á voces: «*...que estás en los cielos, santificado...*» El alcalde no me paga, el cura me convierte en sacristán cuando le place, los vocales de la Junta me obligan á llevarles las cuentas de su carbonería, su zapatería ó su tienda de comestibles; los padres me desprecian, los chicos me odian y pasan ya de quince ó veinte las pedradas tuyas que han acertado con mi cuerpo. Y yo, perdida mi dignidad, envilecido en mi pobreza, sin protección arriba y sin sosten abajo, viéndome esclavo de dos Juntas á quienes molesto con mis reclamaciones, de un inspector á quien doy de comer mal y llevo á dormir á la posada cuando gira su visita, de un alcalde y de un cura que me aborrecen, me embrutezco y encanallo sin esperanza alguna de redención.

No soy un caso aislado. Soy un tipo de nuestra sociedad; soy el maestro del pueblo; el maestro de aldea de toda España, el maestro en cuyas manos únicamente está la redención de la patria.

Y despues de este relato, comprenderá usted, señor Mir y Mir, el grandísimo gozo con que he leído su folleto. Quiero contribuir al sostenimiento de esa escuela de educación integral, y quisiera

que esas admirables obreros de Gijón, que combaten las corridas de toros, y esos otros malagueños que proyectan una liga contra el uso de la navaja, y cuantos revolucionarios existan en España, emprendieran campaña semejante á la que ustedes emprenden.

Frente al militarismo, al clericalismo y al industrialismo; frente al poder público, á la aristocracia egoísta y á la clase media indiferente, el pueblo español debe lanzar un grito de guerra: «*¡Escuelas! ¡escuelas! ¡escuelas!*»

Ellas nos llevarán á la revolución.

De usted servidor incondicional.

*Un maestro de aldea.*

POR LA COPIA,  
DIONISIO PÉREZ.

(*Vida Nueva*).

## A «El Vigía Católico»

Las cuatro columnas de letra menuda que al escrito que publiqué en el número 15 de EL PORVENIR DEL OBRERO dedica el bisemanario católico de Ciudadela, constituyen, antes que nada, una buena lección para su colega *El Grano de Arena*. A éste correspondía en primer término realizar la protesta, ya que á él dediqué mi escrito, y además porque dirigiéndose al mismo público, hubiera producido más efecto. Espero que se enmendará y para otra vez aprenderá que el desprecio fingido no es más que muy cómodo.

Dicho ésto, á manera de introducción, paso á contestar lo que valga la pena del lato artículo del *Vigía*.

El primer cargo que me dirige es el de que uso en mis escritos el *humildísimo yo*. Es claro, la verdadera modestia católica aconseja usar el *Nos* cuando uno habla de sí mismo.

El segundo no es para mí, sinó para D.<sup>a</sup> Belén Sárraga, de quién asegura que su «*tournee* por toda España dicen que le produce muchos puñados de »duros, como ocurrió, según cuentan, en Menorca...» Eso de *dicen, según cuentan*, es muy socorrido; detrás se puede poner cualquier cosa, y aún acusar á otros de que no prueban sus asertos; sólo qué, cuando todo el pueblo sabe que lo que *cuentan* no es cierto, de la habilidad no resulta sinó que todos venimos á comprender que *El Vigía* no sabe lo que *dice*. A D.<sup>a</sup> Belén Sárraga y á su señor esposo les pagaron el viaje de propaganda sus amigos y admiradores, porque son pobres, lo cual no es un delito ni puede avergonzar á nadie, piensen lo que quieran los hombres del *Vigía*. Seguramente éstos hubieran preferido que hasta el poco dinero que para ese viaje entregaron gustosos «los obreros librepensadores, oprimidos y vejados por toda suerte »de tiranías clericales y señoriles», hubiese ido á parar á los bolsillos de los señores sacerdotes, á juntarse con las cantidades enormes que sacan á pobres y á ricos con pretexto de las almas del purgatorio, misas, sermones, sufragios, el *pobrecito Papa preso*, misiones, bulas, bautizos, casamientos, etc., etc., etc., además de las millonadas que les entregan los gobiernos liberales, millonadas que

paga siempre el *primer contribuyente*, es decir, el pueblo trabajador. ¿Ha calculado *El Vigía* cuántas horas de rudo trabajo necesitarían los obreros todos de Menorca para producir el sueldo de un Obispo?

Al decir que la inteligente propagandista librepensadora no merece respeto de los católicos porque está casada civilmente, calificando de *amancebamiento* este matrimonio, me obliga otra vez á examinar cómo tienen el tejado propio los que tiran piedras al del vecino. No se enfade *El Vigía* si renuevo mis alusiones á la tan desacreditada *castidad sacerdotal*. Después de todo, no he descubierto ningún secreto, ni he necesitado practicar pesquisas especiales para enterarme de lo que sabe todo el mundo. Hay curas muy poco aprensivos, que no se recatan, ni se preocupan de evitar, cuando ménos, el escándalo que se pueda ocasionar á los creyentes sinceros, quizá pensando que son éstos tan pocos que ya no vale la pena de tenerlos en cuenta.

Me aconseja *El Vigía* que lleve estas cosas á los tribunales. ¡Me guardaré muy bien de hacerlo! En primer lugar: ¿qué me va ni me viene á mi en ello? Además yo no quiero ser causa de que se castigue á nadie con esas *gravísimas penas* que el mismo bisemanario ha descubierto que existen escritas en alguna parte. Mejor merecerían ser castigados los que impiden, con la inhumana ley del celibato, que los curas puedan constituir familia honradamente, como los demás hombres.

Es costumbre tradicional en los países católicos usar con esas faltas la más amplia tolerancia, á pesar de las *gravísimas penas escritas*, y no sería yo quién las sacara nunca á relucir, si los mismos hombres de iglesia no provocasen á ello cada vez que se permiten insultar con palabras indecentes á los que, de conformidad con las leyes españolas, se unen en matrimonio legítimo ante el juez, prescindiendo de pagar al cura una bendición inútil. Cuando ésto sucede, cuando la prensa católica se propasa, entonces conviene recordar el ejemplo que en lo del *sexto*, como en muchas otras cosas, dan los que se tienen por impecables, los que se consideran mejores que los demás, y conviene decirselo, no al juez para que los castigue, sino al pueblo para que los conozca y compare sus predicaciones con sus hechos. Si no fuera verdad lo que al pueblo se dice ¡qué poco importante sería el decirlo! Lo grave del caso es que, acudiendo cada uno á sus propios recuerdos, á lo que ha visto y sabe positivamente, encuentra un arsenal de *flores místicas*. Tratando de cosas en que todos pueden ser jueces, si uno afirma y otro niega, el que se separa de la verdad lo paga con su prestigio; y pienso yo que al *Vigía* no le conviene que sigamos mucho tiempo esta conversación.

El mismo bisemanario se mete á interpretar las *doctrinas* (!) *socialistas*, para cohonestar las acusaciones del *Grano* contra D.<sup>a</sup> Belén, que ya copié el otro día. ¿Es que *El Grano* se inspira en las *doctrinas* socialistas para que debamos juzgarle con ese criterio? Los redactores del *Vigía* serán muy duchos en teología y cánones, es un suponer, pero de socialismo, á juzgar por la muestra, permitanme que les diga que no saben una palabra. Si quieren que más adelante, cuando hayan recobrado la calma, hablemos de estas cosas, es decir, de las cuestiones sociales, yo tendré en ello especial gusto.

¿Porqué no examina *El Vigía* los motivos que inducen á creer, y son muchos los españoles que lo creen, que los tormentos de Montjuich fueron debidos principal ó exclusivamente á la intervención de los jesuitas? Además de los indicios que indiqué el otro día, existen las declaraciones de muchos presos. ¿Porqué los gobiernos reaccionarios y jesuíticos que padecemos se resisten tan tenazmente á la revisión del proceso? ¿No cabe la sospecha de que aquí se teme que resulten cargos terribles contra personas elevadas é influyentes y se pongan de manifiesto infamias inauditas, igual que en Francia se ha descubierto la infamia de algunos clericales con motivo de la revisión del proceso Dreyfus?

Hago gracia al bisemanario católico de sus insultos y frases molestas, para entrar á examinar las *injurias y calumnias* que dice dirijí al Obispo de Menorca.

No niega que en el Congreso Católico de Burgos ocuparan la atención de los Príncipes de la Iglesia los *importantísimos asuntos espirituales* á que hice referencia. Se contenta con decir que también se trataron otras cosas «que deben pesar muy mucho» á los enemigos del catolicismo en España.» Puede ser, pero yo no he visto ningún librepensador á quién el citado Congreso haya ocasionado más pesadumbre que el temor de que se aumente el presupuesto eclesiástico y tenerlo que pagar. Temor muy bien fundado, gracias al *liberalismo* de los gobiernos restauradores.

No negué yo, ni afirmé tampoco, la ciencia ni la virtud de los obispos reunidos en Burgos; dije que no eran *notables*, y el mismo *Vigía* viene á confirmarlo al echarme en cara que hablo de gentes *que no conozco*. ¿No parece natural, si tan *notables* fueran en ellos tales cualidades, que las hubiésemos *notado* y las conociésemos todos?

Lo de Sancha es otra cosa. Hoy día es muy difícil ocultar lo que sucede, y más si reviste la importancia que han alcanzado, para la Iglesia española, las contiendas entre el citado Cardenal y el Arzobispo de Sevilla, con motivo de los *Consejos á los católicos españoles* del primero, cuya refutación autorizó el segundo. Dió el Papa la razón á Sancha y se puso la mayoría de los congresistas de Burgos de parte del de Sevilla. Es verdad que no llegaron á pegarse los de uno y otro bando, pues los amigos del Cardenal Primado, hasta los más directamente protegidos, abandonaron su defensa, transigiendo con los carlistas, que se hicieron dueños de la situación. Estas cosas las ha dicho sin contradicción toda la prensa española y para negarlas es preciso convencer al público de que los periódicos de información mejor acreditada han faltado á la verdad.

El cómo se nombran los obispos en España tampoco es un secreto para nadie. La lucha de intrigas que tiene lugar en Palacio y en el Ministerio de Gracia y Justicia, suele trascender á los periódicos y éstos, en la mayoría de los casos, ponderan y discuten con anticipación los méritos y las influencias de cada aspirante. Cada partido de los que turnan en el poder tiene sus candidatos á la mitra y cada jefe de partido y hasta cada personaje *ministrable* tiene su cohorte de pretendientes. *El Vigía* nos podrá contar la teoría de lo que debiera ser el nombramiento de un obispo, pero todos conocemos la práctica de lo que realmente sucede.

No solo pasa esto con los obispos; el mismo procedimiento se usa para nombrar cualquier otra de las dignidades eclesiásticas. Si cualquiera de los que han sido Diputados á Cortes por este distrito quisiera publicar las cartas que conserva de los pretendientes á la canongía ó al beneficiado que han solicitado su influencia, á pesar de su liberalismo indudable, ¡qué cosas veríamos y que susto llevarían algunos amigos del *Vigía Católico*!

¿Han oído Vds. nunca que sea costumbre plegar las banderas para entrar en batalla? Pues de esto quiere convencernos *El Vigía*: de que el Obispo de Menorca propuso á los alborotados congresistas que plegaran la bandera para ir *en contra* de las Instituciones y de sus gobiernos responsables, nó para suspender las hostilidades y presentarse como amigos, *hasta que soplen mejores vientos*.

En lo que tiene razón el católico bisemanario, es en sostener que no son los gobiernos los que pagan á los obispos. Es verdad y fué un descuido mío el decirlo. Quién verdaderamente paga es el pobre pueblo, los que trabajan para que el amo pueda pagar la contribución y todas las cargas á costa del jornal de los operarios; una parte de este jornal va á parar á manos de los obispos, á sostener el coche y los numerosos criados y los viajes de verano y todas las faustuosas grandezas de los humildes sucesores de los primeros discípulos del Cristo.

Si *El Vigía* quiere mantener su calificativo de *porquerías* aplicado á los procesos contra la Lógia y contra el molinero Antonio Sastre, no he de ser yo quien lo borre. A mí me parecieron lo mismo, sobre todo el último, y así deben opinar también otras personas cuando parece que hay tanto interés en que no se remueva.

Y vamos á otra cosa.

El Ayuntamiento de Ciudadela, reunido en sesión extraordinaria, acordó protestar contra las «falsas imputaciones é injuriosas especies contenidas en el número 15 de EL PORVENIR DEL OBRERO» á la vez que «reiterar los sentimientos de inquebrantable adhesión y filial reverencia hácia la sagrada Autoridad y persona del actual Obispo Diocesano Excmo. (?) señor Castellote.» ¡Cuánto servilismo!

Este mismo Ayuntamiento dejaba morir de hambre á los trabajadores durante la crisis del año pasado, mientras los poderosos, que ahora también firman la protesta, les humillaban, se burlaban de sus sufrimientos, y uno de esos aristócratas, que posee más de 400 mil duros, ofrecía, como sarcasmo cruel, ¡un saco de boniatos! y por una sola vez, para calmar el hambre de todo un pueblo.

La ira contra mí de los que tal se portaron con los pobres cuando los vieron caídos en la mayor desgracia y tal se portan con el que está en la cumbre, me regocija y me honra. Me regocija, sí, porque yo quiero ser amigo de todos los que son del pueblo, pero considero como adversarios á los que al pueblo desprecian y maltratan.

Hacen bien tales hombres en adular al Obispo, si creen que éste puede repartir patentes de virtud y credenciales de honradez, que quizá alguno de ellos no podría adquirir de otra manera.

Parece que el tal Ayuntamiento de Ciudadela ya en otra ocasión había acordado felicitar al Obispo Castello-

te por «su noble y levantada conducta durante el Congreso Católico de Burgos.» ¡Noble y levantada! A cualquier cosa llaman chocoiate esas patronas.

Noble y levantada hubiera sido la conducta del Obispo si, siendo él enemigo, como nos cuenta *El Vigía*, de las Instituciones y de los gobiernos liberales, «que son los que mandan», hubiese aconsejado á los católicos que combatieran á esos gobiernos con lealtad, de frente, con las *banderas desplegadas*, sin hipócritas finjimientos, ni traidores disimulos. Libre era de seguir la opinión de la mayoría de los congresistas y declararse partidario de la guerra civil por Don Carlos, ó lo que le hubiese parecido conveniente, y mejor todavía si al hacer tales declaraciones hubiese renunciado al sueldo que le pagan los gobiernos liberales, *que son los que mandan*, como dice *El Vigía*, y hasta el cargo de Obispo, que también lo debe al Gobierno liberal presidido por el liberalísimo, según el criterio católico, D. Antonio Cánovas del Castillo, gracias á la influencia del Cardenal Ciriaco María Sancha, partidario fervoroso de la actual dinastía.

Nada de esto hizo, según testimonio del católico *Grano de Arena* y del volteriano conservador *El Bien Público*. Publicaron estos periódicos, á raíz de los sucesos, que el Obispo de Menorca había propuesto á los belicosos antidinásticos, que formaban la mayoría del Congreso de Burgos, que *plegaran la bandera, sin arriarla, en espera de tiempos mejores*, y, por si esto no bastaba, agasajó á las Instituciones con el delicado recuerdo de Canosa. ¿Mintieron los dos periódicos, más ó menos colegas? pues yo rectifico todo lo dicho, que solo se apoya en su testimonio. ¿Dijo realmente el Obispo las palabras que ellos le atribuyeron? pues entonces el acto político de Su Ilma. no tiene más interpretación que la que yo expuse, traduciendo á lenguaje inteligible para todos la fórmula habilidosa, pero de ningún modo leal y sincera que él había usado.

Ya pueden los concejales ciudadelanos ir preparando sesiones extraordinarias y calificativos estúpidos si han de protestar de las verdades que pienso decir desde las columnas de EL PORVENIR DEL OBRERO. ¡Si supieran cuán sin cuidado me tienen sus protestas y sus adulaciones!

Lo que considero importante es la opinión del pueblo liberal y honrado, á quien conocí en Ciudadela escuchando atento y aplaudiendo entusiasmado á D.<sup>a</sup> Belén Sárraga y á su esposo; entusiasmo que, abriendo mi corazón á la esperanza, me hizo comprender que no está lejos el día de la completa emancipación de los explotados, con la caída de todos los ídolos y la reparación de todas las injusticias.

Para terminar:

Conste que yo he hablado del Obispo como político y en cuanto corresponde á la vida pública. Ni me he metido en si paga ó deja de pagar al sastre ó al panadero, ni he hecho referencia á las intimidades de su vida privada. En algo se debe diferenciar un escritor independiente de un cura redactor de periódicos como *El Grano de Arena*.

M.